

## III

La más considerable y la más importante de las obras del Padre Weiss, la que le ha dado justa celebridad, es su «Apología del Cristianismo desde el punto de vista de las costumbres y de la civilización». (1) Forman cinco volúmenes. (2) Los tres primeros comprenden las conferencias que predicó en Munich, en Viena y en Gratz; el cuarto, el curso de Economía Política que enseñó á los estudiantes de la Universidad de Friburgo, en Suiza; y el quinto es un tratado especial añadido á la obra para completarla.

Cuatro rasgos principales recomiendan esta Apología á la atención de los contemporáneos, contribuyendo á darle un lugar preferente en los trabajos de este género. La novedad del punto de vista en que se colocó el autor, la erudición que manifiesta, la adaptación de la obra á las necesidades de la época actual, y la originalidad con que se tratan las materias que comprende.

Ha conocido el autor que para llegar á la masa de espíritus trabajados por el positivismo é incapaces de sostener discusiones abstractas era necesario dar tregua á las sutilezas de la dialéctica. (3)

Dejando, pues, á un lado, al menos en cierta medida, los trillados senderos de las discusiones dogmáticas que hasta el presente había recorrido la apologética, ha puesto los ojos en consideraciones menos áridas, y que, sobre todo en los primeros siglos, fueron una de las principales causas de la difusión del Cristianismo. (4) Ha tomado á su cargo la justificación de la «Moral cristiana». Para ello ha considerado esta «Moral» no sólo en sí misma, en lo que pudiera llamarse su *excelencia intrínseca*, sino en sus relaciones con todas las otras Morales que se han desarrollado fuera del Cristianismo. (5)

Como línea de tierra ha tomado al hombre, al hombre considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos, 1.º volumen; al hom-

(1) Pudiera dar margen este título á una discusión, porque esta Apología no es precisamente una *defensa* del Cristianismo, es más bien una exposición clara y distinta del mismo.

(2) 1.º Volumen: (El hombre completo), XVI, 844 p.; 2.º volumen: (Humanidad y Humanismo), XVI, 988 p.; 3.º volumen: (Naturaleza y Sobrenaturaleza), XX, 1192 p.; 4.º volumen: (Cuestión social, Orden social ó Instituciones de sociología), XXIV, 1026 p.; 5.º volumen: (La perfección), XVI, 778 p.

(3) Véase la Introducción á la 2.ª edición, y la Introducción á la 3.ª edición.

(4) Dr. Funk. *Historia de la Iglesia, traducida del alemán* por el Abate Hemmer, I, 327.

(5) *Stimmen aus Maria Laach*, 1891, 8 Heft, p. 327.

bre en su desenvolvimiento fuera del Cristianismo, 2.º volumen; al hombre bajo la influencia del Cristianismo, 3.º volumen; al hombre como parte del todo social, 4.º volumen; al hombre aspirando á la perfección cristiana, 5.º volumen.

Era ciertamente un plan grandioso, cuya ejecución exigía para su perfección ciencia y habilidad poco comunes. Para colocarse á la altura de la empresa se trataba nada menos que de poner á contribución «las religiones, las costumbres religiosas, la mitología, la teología, la historia de los tiempos fabulosos, los proverbios, la filosofía, la literatura, las artes, la ciencia de Gobierno, la política social, la vida de los pueblos, la vida de familia, la educación, los principios de formación y de instrucción, y naturalmente, ante todo, la vida moral privada, bajo todos sus aspectos, la historia del pecado y la de la santidad». (1) Era además necesario «saber escoger y saber contenerse», después dar vida á todo este conjunto, pues, sin esa vida, las obras de erudición corren el gran riesgo de quedar sepultadas en el polvo de las bibliotecas.

Es uno de esos actos de audacia que, ejecutados por un espíritu ordinario, contribuyen á aumentar el número de esos manuales insípidos que rechaza con disgusto el pensador serio, porque no ve en ellos sino una ciencia indigesta. No sólo concibió el Padre Weiss este plan, sino que lo afrontó con esa calma serena propia de los grandes genios, y puede decirse que lo realizó con toda perfección. Lo que más sorprende á primera vista son esos innumerables materiales de diversas procedencias que han venido á ocupar cada uno su propio lugar. Suponen lectura más que extraordinaria. Y á esta múltiple ciencia añadid la elevación de sus cálculos, el nervio de la argumentación, la potencia de la síntesis y la exactitud en las apreciaciones.

En asunto tan vasto no hay necesidad de decir que no podía detenerse en tratar detalladamente las relaciones de cada una de esas ciencias con la moral cristiana: hubiera tenido que dar á su obra proporciones colosales. Supo evitar ese escollo. Comprendo que era su papel trazar anchas vías en ese embrollo científico que ha invadido la moral cristiana, despejar el horizonte para que pudiera respirar y orientarse el pensador. En este trabajo camina con los ojos bien abiertos, fijos en todo lo que lleva por delante, pero sin dejar de volverlos á izquierda y á derecha, cuando lo juzga necesario.

Al estudiarle, se ve que, poco á poco, se levanta con toda su magnificencia el grandioso edificio de la Moral cristiana. Llega un día en que el hombre aparece completamente nuevo. Sin exageración

(1) Introducción á la 2.ª edición, 9.

puede decirse que jamás se ha comprendido mejor el Cristianismo. Y no es tan escabroso el camino como pudiera creerse. Ciertamente que son serias las materias que se tratan, y que no convienen á los «indolentes que no están prontos á levantar los pesos para fortificarse con las verdades eternas», (1) exigen mucha atención y mucha reflexión, tan substanciales son. Mas no hay porqué asustarse. Ha sabido el autor desembarazarse de ese lenguaje de escuela, de esa terminología científica á que muchos lectores—sobre todo los franceses—tienen instintivo horror. Las comparaciones pintorescas, las numerosas citas tomadas de diversas literaturas, el giro original con que ha presentado las cosas, la independencia en los giros, y á veces la ingeniosa sal que ahí se encuentra, facilitan mucho su lectura. Desde luego sorprende ese estilo especial que en nada se parece al de los autores alemanes conocidos; después, provocada poco á poco la curiosidad por el atractivo de la novedad, se sigue y se ama ya al Padre Weiss antes de terminar la primera conferencia.

El corazón entra también por mucho, y alguna de sus Conferencias, tales como «Ecce homo» y «La más pequeña en el reino de los cielos», merecen ser leídas de rodillas.

En 1878, cuando el joven dominico se estrenó en el Casino de Munich, acudió á escucharle inmensa concurrencia. Por un instante se asombró de su atrevimiento. Los adversarios del Cristianismo y sus partidarios se emocionaron ante la energía con que desde lo alto de la tribuna denunciaba los vicios de la educación, ante los golpes que dirigía á la centralización que anula los esfuerzos de los individuos, ante las sangrientas heridas abiertas en el corazón de sus compatriotas, lanzando de sus pedestales á los más adorados ídolos de Alemania, á los Schiller, á los Goethe, á los Humboldt, etc., ante los juicios á veces poco favorables que formaba de los Germanos, ante la antorcha encendida que paseaba á través de las civilizaciones paganas y anticristianas, y ante la fuerza con que se oponía á las ideas aceptadas y con que demolía los simulacros que encontraba á su paso. Unos gritaron escandalizados, otros tuvieron miedo, y muchos amigos tímidos aconsejaron al atrevido predicador que siguiese otra línea de conducta. Vanos fueron sus consejos. Estaba seguro de su doctrina y de su ciencia el apóstol. De ceder, sería por interés humano: él no tenía ninguno. «No podía dejar de hablar.» Y á despecho de los críticos, continuó la obra que había comenzado. Pronto se vieron brillar en él dos cualidades que se habían notado al principio: gran espíritu de imparcialidad con que hacía justicia á todos, y caridad enteramente evangélica. Á la so-

(1) De Vogüé, «Horas de Historia», p. 13.

breexcitación y al temor, sucedieron la admiración y el entusiasmo: su celda y su confesonario fueron asediados, y gracias á las reiteradas sollicitaciones de sus oyentes, consintió en que se imprimiesen sus primeras Conferencias.

Después ha continuado la obra. Aun no había aparecido el último volumen y ya se había hecho segunda edición de los primeros. Actualmente está en preparación la tercera edición.

Sin pensar en despreciar las obras análogas, como la de Hettlinger, por ejemplo, es necesario ver en ella una prueba de la oportunidad de esta Apología. En ella se extiende la acción del P. Weiss á todas las clases de la sociedad, desde el sabio y el obispo hasta el humilde trabajador encorvado bajo su labor cotidiana.

Á los ojos de todos, el hijo de Santo Domingo ha restaurado la precisión de dos nociones con frecuencia cambiadas y mal comprendidas, y de que dependen, sin duda, la prosperidad ó la ruina del individuo y de la sociedad: las nociones del *hombre* y del *cristiano*.

#### IV

Tal es la obra apologética del P. Weiss. Esta simple reseña bastará quizá para inspirar el deseo de que se introduzca en Francia. Y tenía que llegar el momento oportuno. Hace ya diez años que una voz autorizada (1) deploraba nuestra pobreza en obras de Apología. No ha cambiado la situación. Como armas que oponer á los ataques siempre audaces del error, no tenemos sino «obras escritas á la ligera, á las cuales falta el ser meditadas en la soledad, lejos del tumulto de los espíritus y del mundo.» (2) ó también simples manuales. Entre estos últimos, los hay que, como manuales, tienen incontestable valor, pero que son insuficientes para las actuales necesidades. Ofrecedlos como obsequio á uno de esos sabios reputados como «grandes pensadores». Los aceptarán como hombres bien educados, y os darán las gracias, pero, si mueren antes que vosotros, es probable que, paseándoos algún día por el muelle, encontréis intacto vuestro libro. Y los que se vean obligados á leerlos, les guardarán con seguridad rencor eterno. Juzgad por esto de la in-

(1) Mgr. d' Hulst. *Introduction á l'exposé de la doctrine catholique*, por el M. P. Girardon, (p. VIII-XV). Plon et Nourrit 1884.

(2) J. B. Aubry. *Essai sur la méthode des études ecclésiastiques en France*, I, p. 179.

fluencia que pueden ejercer sobre aquellos cuyas doctrinas quieren combatir.

En situación semejante, no es extraño que los «grandes pensadores» reclamen una obra que sea compilación de todas las ideas llamadas modernas, que determine su sentido y extensión, (1) y aun podría añadirse, que ponga esas ideas frente á frente de las verdaderas ideas cristianas. No nos asombremos, si los que han sido seducidos por el modernismo repiten demasiado alto las palabras de Carlyle: «En nuestra época, los hábitos eclesiásticos han quedado abiertos hasta el codo: muchos de ellos se han convertido en disfraces que fijan sobre vosotros sus ojos de cristal con un lúgubre simulacro de vida». (2)

Aun cuando no hiciera otra cosa en nuestro país la Apología del P. Weiss que responder á los votos de unos, y hacer que reflexionen los otros, ¿no sería ya de muchísimo valor? Pero puede muy bien creerse que no se limitará á esto su acción en las circunstancias actuales. Hija de generaciones que de todo han abusado, nuestra generación actual, después de incitar á sus antepasados, y no en pequeña medida, acaba de suspender por un momento su marcha de avance. ¿Tiene miedo, porque allá abajo ve aparecer en el horizonte el cuarto estado, y para contenerlo duda del poder de sus inventos? ¿Ha advertido que la ciencia atea charla miserablemente del mundo con sus clasificaciones y sus experiencias, y no se con qué más, como si el mundo fuera un animal muerto preparado para ser metido en una botella de Leyden, ó para ser vendido en el mostrador? (3) ¿Está cansada de vivir en la ciénaga intelectual y moral donde tanto tiempo hace que está encenegada? No importa. Basta probar que á la embriaguez que la empujó hace tanto tiempo en el camino del modernismo, sucede en estos momentos el malestar que se apodera de un general en la noche de una encarnizada batalla que no ha terminado, y que deja indecisa la victoria. Ve la tierra sembrada de cadáveres, los ranchos de los campesinos incendiados, por todas partes grandes montones de ruinas y tantas vidas que se han perdido para lo presente y para lo porvenir: delirante se pregunta si ha tenido razón para trabar batalla semejante. Parece que dice con el poeta: «Del árbol que yo mismo planté vienen las espi-

(1) Ollé-Laprune. *Les sources de la paix intellectuelle*, p. 74. (Belin frères, 1892).

(2) In our era of the world, those church-clothes have gone sorrowfully out at elbows; many of them have become mere hollow shapes or masks, under which they glare of with their glasseyes, in ghastly affectation of life. (Carlyle, on heroes, VI, 191-192).

(3) «Atheistic science babbles poorly of it, with scientific nomenclatures, experiments what, as if it were a poor dead thing, to be bottled up in Leyden jars, and sold over counters». (Carlyle. On heroes, p. 3).

nas que he recogido; han destrozado mi corazón, y le han hecho sangrar.» (1) Después de algún tiempo, los libros de muchos de nuestros pensadores, de nuestros letrados, de nuestros novelistas y de nuestros publicistas (2) no forman más que «una sola arpa en que cada cuerda da con su sonido particular esta misma dominante.» (3) Diga lo que quiera M. Aulard, (4) no puede dudarse que el alma moderna sufre. «Y si se necesita una prueba más, se encontrará en la candidez impaciente de los jóvenes que se reúnen donde quiera que se pronuncia sobre estas cuestiones una palabra de buena voluntad.» (5) Ya se ha escuchado muchas veces esta palabra. Pero lo que será sensible por demás, lo que conviene evitar á toda costa, es que los remedios propuestos sean peores que la enfermedad, ó que no tengan la necesaria virtud para hacerla desaparecer. No basta la sola buena voluntad: se necesita una orientación segura. Pero cuando aparecen tantos *hacedores* de programas como en los tiempos actuales, es cierto que no existe todavía esa orientación. Entre los más serios, se oyen las voces de los que gritan: ¡seamos generosos, compasivos, magnánimos, puros! Ese ideal moral es el mismo al que tendían los tiempos primitivos, el mismo que se proponían las grandes épocas de las civilizaciones griega y romana, el mismo que buscaba, sobre todo en la Edad Media, y principalmente en nuestro país la institución que se llamó Caballería, el mismo que hizo la grandeza del rey de Francia. (6) Pero no dijeron si realizaron ese ideal Grecia y Roma; ven en la Caballería el árbol de ramas vigorosas, y no ven el suelo de donde sacaba ese árbol la savia que le nutría; pasan en silencio el único título que constituyó la verdadera grandeza del monarca francés, el título de «rey cristianísimo». Dicen otros que «cada uno debe cumplir con su deber, como le dicta la conciencia», (7) que es necesario volver al Cristianismo. (8) Estos últimos están en lo cierto, pero en grados diferentes. Acaso no han reflexionado que en la época actual, el deber es para muchos una palabra vaga, que hay que rehacer la conciencia, y que en derredor del hombre y del Cristianismo ha brotado una vegetación enfermiza que es necesario arrancar para llegar hasta ellos. Y su-

(1) «The thorns which I have reap'd are of the tree».—I, planted; they have torn me and I bleed». (Byron Harold's Pilgrimage: Canto IV, X, 7, 8).

(2) V. M. el Abate Félix Klein. *Nouvelles tendances en religion et en littérature*. (Lecoffre, 1893).

(3) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 4, (Paris, Colin 1892).

(4) Aulard. *Science, Religion et Patrie*. (*Revue bleue*, tomo 51, p. 487-8).

(5) V. de Vogüé *Heures d'histoire*, p. 28.

(6) Ravaisson, *Revue de Métaphysique et de Morale*, p. 23-24. (Enero 1893. Hach. Paris).

(7) P. Desjardins, *Le devoir présent*. (Paris, Colin).

(8) Especialmente Ollé-Laprune y Vogüé.

poniendo que han pensado en ello, siempre pueden meditar con fruto esta breve exhortación de uno de los suyos: «Recordemos que en nuestro país no gustan todavía los predicadores con levita.» (1)

«Según él, el gran golpe de santa locura que ha de cambiar el mundo, si es que ha de venir, será dado en las turbas que no cuentan con bachilleres, y será desencadenado, al menos probablemente, por uno de esos seres que se han sacrificado, que son los ministros naturales de las locuras santas con la virtud de su vestido y de sus tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia.» (2) Puede ser verdad; pero mientras esperamos ese gran golpe, nadie es capaz de poner en duda el servicio que á la hora actual haría «uno de esos hombres separados de los demás por su hábito y por el insondable misterio que señala su frente» (3) si pudiese presentar en todo su esplendor, al hombre, al cristiano, al Cristianismo desembarazados de las malezas que en torno de ellos han acumulado las falsas civilizaciones.

Esto hace el P. Weiss en su «Apología del Cristianismo».

- (1) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 30.  
 (2) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 32.  
 (3) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 31.

## INTRODUCCIÓN Á LA SEGUNDA EDICIÓN

1. **Derecho y necesidad de hacer un tratado apologético de la vida cristiana.**—Imposible tender la vista al largo catálogo de apologistas cristianos, desde los principios del Cristianismo hasta nuestros días, sin sentirnos dominados por un respeto grandísimo hacia el espíritu humano. Pero la lucha que dividió al mundo en dos campamentos rivales ofrece de una parte y de otra el espectáculo de tanta solidez de espíritu, de reflexión y de seriedad, que nos sentimos obligados á pagar un tributo de admiración, no sólo á los defensores de la fe, sino también á los mismos adversarios. Porque no son espíritus ordinarios los hombres á quienes se combate con obras tan poderosamente combinadas, tan artísticamente ordenadas, y tan delicadamente trabajadas, como la Suma contra los Gentiles, para no citar más ejemplos. Hoy tendría que habérselas Santo Tomás con impugnadores que no tienen ni la penetración de espíritu necesaria para presentar tales dificultades y comprender tales refutaciones, ni la seriedad suficiente para seguir discusiones tan profundas. Además, consideremos como señal de honor para aquellos tiempos que pasaron haber combatido hasta aquí, ya en contra, ya en favor del Cristianismo casi exclusivamente en el terreno de las enseñanzas de la fe propiamente dichas, é inclinémonos, llenos de santa veneración, ante los que defendieron la Revelación en ese campo de batalla, con tanto valor y con tanta habilidad.

Pero han cambiado los tiempos. Hoy estamos ante adversarios que en su mayor parte no quieren presentarnos